In Memoriam.

18 DE JULIO DE 1901.

¡Ah! la humildad en su escarpada hondura Lo que ilusiona y resplandece crea; Anida el ruiseñor en la espesura, Y se forjan los rayos en la obscura Nube que sin cesar relampaguea.

Grano maduro que voraz levanta El ave, la maleza que te escude, Y de grano que fuiste serás planta Y muy pronto tal vez, árbol que canta Si enfurecido viento te sacude.

Espíritus geniales, la coyunda Del dolor, frentes altas encallece; ¿Qué peñascos el musgo no circunda? Aun la misma mujer, mujer fecunda, Tan sólo por fecunda palidece. ***

Y el débil en la lidia titubea; El paladín que abona tierra inculta Con sangre, no es alondra que gorjea Cuando tímida el alba pestañea Y al funeral atardecer se oculta;

Es el que lucha, como férreo arado Que repuja el rozar de las arenas; Se despedaza, pero labra el prado. ¡Oh! Ulises que marchaste á un resultado Desoyendo el cantar de las sirenas!

A tí el audaz enviado de la infecta Mansión de los humildes — Oh! vidente — Esperan las Repúblicas; inyecta Tu constancia en sus venas y proyecta Tu sombra sobre el Nuevo Continente.

II

Almas sin sueños, sin amor, sin rosas, Que giráis en el mundo atolondradas, Taciturnas, enfermas, dolorosas, Como enjambre de negras mariposas En cristalino globo encarceladas; ***

No lloréis; ya volvieron las perdidas Naves conquistadoras de idëales; Las pupilas secad, enrojecidas Por angustioso llanto, como heridas Abiertas con finísimos puñales.

Brillan proas, y cascos, y timones, Y en las olas que cantan, ríen y huyen, Refléjanse rojizos pabellones Y parece que extensos cuajarones Sanguíneos, se fragmentan y diluyen.

De palomas un vuelo inmaculado Feliz augurio—pasa ante la vista Centellante del pueblo entusiasmado, Como si el aire hubiera arrebatado Un montón de pañuelos de batista.

**;

Llegan de lejos hálitos de frondas, Y en su brutal respiración de fragua, El mar anilla sus espumas blondas Y arremolina sus flexibles ondas Como si alguien soplase bajo el agua. Retumban en los montes los cañones, Como espigas se doblan las cabezas, Inmóviles están los escuadrones; Ya viene el vencedor entre pendones Y al compás de triunfales Marsellesas.

III

Tú guïaste las naves combatidas Atrevido Jasón; los idëales Son tus leyes en mármol esculpidas, Radiantes, como antorchas encendidas; Sólidas, como enormes catedrales.

¡Oh Juárez! quién tu excelsitud restringe!

Tú fuiste aquel que viajador se finge,

— Mas no pesando sobre tí un estigma —

Que del error despedazó la esfinge

Y de las almas descifró el enigma.

Exhalaste un enérgico reproche Cuando de esclavos la legión gemía; Como el aljófar bienhechor, de noche Bajaste raudo de tu Patria al broche Y la dejaste al despuntar el día. ***

¿Qué, ahóganse en el polvo de los años— Señal de olvido y pequeñez—las grandes Pirámides de Egipto? ¡Oh, desengaños! Tú eres más grande que ellas, son peldaños Para llegar á donde estás, los Andes.

La envidia, el dolo y el rencor—serpientes— No han de morderte mientras fe y anhelo De una raza patriota representes; ¡Oh! nunca, nunca rasgarán los dientes De las montañas, el azul del cielo.

Y el mito—Polifemo—aun no se aleja; Pero aunque su ojo y su vigor recobre, No apagarán sus piedras la bermeja Lumbre del Sol, que al declinar semeja Un incensario de bruñido cobre.

Encina, estrella, luchador, querube, ¿Quién ha dicho que has muerto? tu alma sube Mientras tu cuerpo lo protege un sauce; El genio es linfa que se trueca en nube Y aquí abandona con desdén su cauce.

Esos claros redobles de tambores, Y esos tenues sonidos apagados De los címbalos, presas de temblores, Van á tí, como pájaros cantores Que vuelan á los fértiles sembrados.

¡Oh! pasa, triunfador, nadie solloza. Su lengua el entusiasmo que desate; La lid sangrienta terminó, reposa, Y en la tumba, panoplia prodigiosa, Ve á colgar tu armadura de combate.

Abel C. Salazar.

A sa Iuventud.

PARA LA VELADA EN HONOR DE JUÁREZ.

Tomo la blanca fimbria de tu volante veste, ¡oh Juventud! que cruzas por mi sendero, y sigo tus pasos que resuenan en el paraje agreste de la existencia, como triunfal himno celeste; y mientras que en silencio te adoro y te bendigo beso la blanca fimbria de tu volante veste. ¿A dónde vamos? Marcha; no importa; soy tu amigo y sé que á donde quiera que tú la planta pones un lirio brota. Buenos y nobles van contigo tus ideales; llevan en alto los pendones, y en medio de la sombra que á cada instante crece, eres la luz que llega, el día que amanece, el astro que en el seno del nubarrón parece un broche de oro y púrpura prendido á los crespones de la borrasca.

Vamos; tu antorcha resplandece en la tiniebla, y guía las líricas legiones del bien, por un camino sin fin que se obscurece; y en medio de la sombra que á cada instante crece, tus ideales marchan, en alto los pendones. ¡Oh Juventud, que llegas! Cuando te sigo, aliento con tu calor de nido mis esperanzas muertas; ¿A dónde vas? La curva de luz del firmamento brilla cual una frente que lleva un pensamiento muy grande, como un bravo condor de alas abiertas. Y pasas; y la Gloria que abrió sus áureas puertas sale á mirarte como virgen curiosa. Un viento fragante hincha los rasos de tus enseñas. ¿Dónde vas, Juventud?

Y un grito lejano me responde:

«Va á la suprema y santa veneración divina
de aquel hombre que es símbolo, bandera, dios penate,
cuya memoria ofrece cual la sagrada encina,
sombra, frescura, sueño y abrigo al que camina,
umbrías al que canta, y lanza al que combate.»
¡Oh, sí! sublime Padre, que alzó su fuerte aliento
como un conjuro, para que ardieran las inciertas
penumbras del abismo; y al Porvenir atento
miró con frente altiva — prisión de un pensamiento
muy grande, como un bravo condor de alas abiertas.

La gran figura pasa; sorprende, atrae, fascina, y, en prodigiosa nube, del fondo se levanta del horizonte, y crece; la cólera divina cual súbito y callado relámpago ilumina la faz de bronce. Es ella, tu gran figura santa, ¡oh, Padre! Te invocamos; la Juventud se inclina para seguir el rastro de tu radiosa planta; eres bandera y símbolo; como sagrada encina

das sombra al que te busca, abrigo al que camina, lanzas al que pelea y nidos al que canta.

Tú eres la Patria, y eres la Libertad, y eres la aspiración eterna de amor; y eres el mito que sube de la informe montaña de los seres como inmortal anhelo de bien, á lo infinito.

¿Viviste? Sí.— Nosotros sabemos que no mueres; estás en la conciencia del pueblo que, en un grito, te nombra en sus dolores, te aclama en sus placeres tu carne se ha disuelto, más queda tu granito.

Y así te contemplamos; tu gran figura arranca de lo ideal; ha tiempo reposas en el brazo de aquella pensativa mujer doliente y blanca que tu marmóreo cuerpo sostiene en su regazo. Tú eres la Patria, y eres la Libertad, y eres la aspiración eterna; sabemos que no mueres. Y en torno tuyo ascienden la admiración y el canto, y surge tu memoria triunfante del olvido, y así es como te vemos en tu sepulcro santo y así es como pensamos: «el Padre está dormido.» Mas lo sabemos todos; cuando la Patria un día, convulsa y sollozante te nombre en su agonía: «Padre, despierta y óyeme;»—para vengar agravios tú te alzarás con esta pregunta entre los labios: «En tí soñaba; dime: ¿qué quieres, hija mía?

¡Oh, Juventud radiante, oh, vida en primavera! Llegamos ya; derrama tus rosas y laureles en el altar; y henchida de beatitud espera á que en incienso suban las almas de los fieles. La Religión más bella, la de la Patria, oficia con sus serenos ritos sublimes y profundos; si todo se derrumba, y se hunde, y se desquicia, quedan, sobre el escombro de soles y de mundos, en pie, las tres deidades: Amor, Bien y Justicia.

¡Oh, Juventud! En marcha; ya sé que donde pones la planta, brota un lirio; y en el paraje agreste de la existencia, corren tus líricas legiones; suena á tu paso un dulce triunfal himno celeste, los ideales nobles y buenos, van contigo, y en tanto que tus huellas con reverencia sigo, beso, en la blanca fimbria, tu voladora veste.

Luis G. Urbina.

Discurso

Pronunciado por el Sr. Lic. JESUS URUETA en la Velada organizada por los estudiantes de Jurisprudencia en honor de JUAREZ, la noche del 18 de Julio de 1901, en el Teatro del Renacimiento.